

Iglesia Cristiana Verdad Viviente

...Proclamando las Buenas Nuevas del Reino de Jesucristo!



[Adoptada de la Declaración Bautista de Fe]
Abril 17, 1994

*“Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?
Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” Mateo 16:15-16*

Contenido

1. De las Sagradas Escrituras
2. De Dios y de la Santa Trinidad
3. Del decreto de Dios
4. De la creación
5. De la divina providencia
6. De la caída del hombre, del pecado y su castigo
7. Del pacto de Dios
8. De Cristo el Mediador
9. Del libre albedrío
10. Del llamamiento eficaz
11. De la justificación
12. De la adopción
13. De la santificación
14. De la fe salvadora
15. Del arrepentimiento para vida y salvación
16. De las buenas obras
17. De la perseverancia de los santos
18. De la seguridad de la gracia y de la salvación
19. De la Ley de Dios
20. Del evangelio y del alcance de su gracia
21. De la libertad cristiana y de la libertad de conciencia
22. De la adoración cristiana y del día de reposo
23. De los juramentos y votos lícitos
24. De las autoridades civiles
25. Del matrimonio
26. De la iglesia

27. De la comunión de los santos
28. Del bautismo y la Cena del Señor
29. Del bautismo
30. De la Cena del Señor
31. Del estado del hombre después de la muerte
32. De la segunda venida del Señor
33. Del juicio final
34. De las funciones del hombre
35. De las funciones de la mujer
36. Del cortejo
37. De la educación en casa
38. De la salud física
39. De la alabanza bíblica
40. De la disciplina bíblica

1. DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

1. Las Sagradas Escrituras constituyen la única regla suficiente, segura e infalible de todo conocimiento, fe y obediencia salvadores¹. Aunque la luz de la naturaleza y las obras de la creación y de la providencia manifiestan de tal manera la bondad, sabiduría y poder de Dios que dejan a los hombres sin excusa², no obstante, no son suficientes para dar el conocimiento de Dios y de su voluntad que es necesario para la salvación³.

Por lo tanto agradó al Señor, en distintas épocas y de diversas maneras, revelarse a sí mismo y declarar Su voluntad a Su iglesia⁴; y posteriormente, para preservar y propagar mejor la verdad y para un establecimiento y consuelo más seguros de la iglesia contra la corrupción de la carne y la malicia de Satanás y del mundo, le agradó poner por escrito esa revelación en su totalidad, lo cual hace a las Santas Escrituras muy necesarias⁵, habiendo cesado ya las maneras anteriores por las cuales Dios revelaba Su voluntad a su pueblo⁶.

1. 2 Tim. 3:15-17; Isa. 8:20; Luc. 16:29,31; Efe. 2:20.

2. Rom. 1:19-21,32; Rom. 2:12a,14,15; Sal. 19:1-3.

3. Sal. 19:1-3 con vv. 7-11; Rom. 1:19-21; 2:12a,14,15 con 1:16,17 y 3:21.

4. Heb. 1:1,2a.

5. Pro. 22:19-21; Luc. 1:1-4; 2 Ped. 1:12-15; 3:1; Deut. 17:18ss.; 31:9ss., 19ss.; 1 Cor. 15:1; 2 Tes. 2:1, 2, 15; 3:17; Rom. 1:8-15; Gál. 4:20; 6:11; 1 Tim. 3:14ss.; Apo. 1:9,19; 2:1, etc.; Rom. 15:4; 2 Ped. 1:19-21.

6. Heb. 1:1,2a; Hch. 1:21, 22; 1 Cor. 9:1; 15:7,8; Efe. 2:20

2. Bajo el nombre de Sagradas Escrituras o Palabra de Dios escrita, están incluidos todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, que son:

Antiguo Testamento: 33 Libros

Génesis	II de Crónicas	Daniel
Éxodo	Esdras	Oseas
Levítico	Nehemías	Joel
Números	Ester	Amós
Deuteronomio	Job	Abdías
Josue	Salmos	Jonás
Jueces	Proverbios	Miqueas
Rut	Eclesiastés	Nahúm
I de Samuel	Cantar de los Cantares	Habacuc
II de Samuel	Isaías	Sofonías
I Reyes	Jeremías	Hageo
II de Reyes	Lamentaciones	Zacarías
I de Crónicas	Ezequiel	Malaquías

Nuevo Testamento: 27 Libros

Mateo	Efesios	Hebreos
Marcos	Filipenses	Santiago
Lucas	Colosenses	I de Pedro
Juan	I de Tesalonicenses	II de Pedro
Hechos de los Apóstoles	II de Tesalonicenses	I de Juan
Romanos	I de Timoteo	II de Juan
I de Corintios	I de Timoteo	III de Juan
II de Corintios	Tito	Judas
Gálatas	Filemón	Apocalipsis

Todos estos 66 libros fueron dados por inspiración de Dios para ser la regla o canon de fe y de vida¹.

1. 2 Tim. 3:16 con 1 Tim. 5:17,18; 2 Ped. 3:16.

3. Los libros comúnmente llamados Apócrifos, no siendo de inspiración divina, no forman parte del canon o regla de la Escritura y, por lo tanto, no tienen autoridad para la iglesia de Dios, ni deben aceptarse ni usarse excepto de la misma manera que otros escritos humanos¹.

1. Luc. 24:27,44; Rom. 3:2.

4. La autoridad de las Sagradas Escrituras, por la que debe ser creída, no depende del testimonio de ningún hombre o iglesia¹, sino enteramente de

Dios (quien es la verdad misma), el autor de ella; por lo tanto, debe ser recibida porque es la Palabra de Dios.²

1. Luc. 16:27-31; Gál. 1:8,9; Efe. 2:20.

2. 2 Tim. 3:15; Rom. 1:2; 3:2; Hch. 2:16; 4:25; Mat. 13:35; Rom. 9:17; Gál. 3:8; Rom. 15:4; 1 Cor. 10:11; Mat. 22:32; Luc. 16:17; Mat. 22:41ss; Juan 10:35; Gál. 3:16; Hch. 1:16; 2:24ss; 13:34,35; Juan 19:34-36; 19:24; Luc. 22:37; Mat. 26:54; Juan. 13:18; 2 Tim. 3:16; 2 Ped. 1:19-21; Mat.5:17,18; 4:1-11.

5. El testimonio de la iglesia de Dios puede movernos e inducirnos a tener una alta y reverente estima por las Sagradas Escrituras¹; y el carácter celestial del contenido, la eficacia de la doctrina, la majestad del estilo, la armonía de todas las partes, el fin que se propone alcanzar en todo su conjunto (que es el de dar toda la gloria a Dios), la revelación completa que dan del único camino de salvación para el hombre, y muchas otras excelencias incomparables y la totalidad de perfecciones de las mismas, son argumentos por los cuales dan abundante evidencia de ser la Palabra de Dios.²

Sin embargo, nuestra plena persuasión y certeza de su verdad infalible y su autoridad divina provienen de la obra interna del Espíritu Santo, quien da testimonio en nuestros corazones por medio de la Palabra y con ella.³

1. 2 Tim. 3:14,15.

2. Jer. 23:28,29; Luc. 16:27-31; Juan 6:63; 1 Ped. 1:23-25; Heb. 4:12,13; Deut. 31:11-13; Juan 20:31; Gál. 1:8,9; Mar. 16:15,16.

3. Mat. 16:17; 1 Cor. 2:14ss.; Juan 3:3; 1 Cor. 2:4,5; 1 Tes. 1:5,6; 1 Juan 2:20,21, con v. 27.

6. Todo el consejo de Dios tocante a todas las cosas necesarias para su propia gloria, la salvación del hombre, la fe y la vida, está expresamente expuesto o necesariamente contenido en las Sagradas Escrituras; a las cuales nada, en ningún momento, ha de añadirse, ni por nueva revelación del Espíritu ni por las tradiciones de los hombres.¹

Sin embargo, reconocemos que la iluminación interna del Espíritu de Dios es necesaria para un entendimiento salvador de las cosas reveladas en la Palabra,² y que hay algunas circunstancias tocantes a la adoración de Dios y al gobierno de la Iglesia, comunes a las acciones y sociedades humanas, que han de determinarse conforme a la luz de la naturaleza y de la prudencia cristiana, según las normas generales de la Palabra, que han de guardarse siempre.³

1. Tim. 3:15-17; Deut. 4:2; Hch. 20:20,27; Sal. 19:7; 119:6,9,104,128.

2. Juan 6:45; 1 Cor. 2:9-14.

3. 1 Cor. 14:26,40.

7. No todas las cosas contenidas en las Escrituras son igualmente claras en sí mismas¹ ni son igualmente claras para todos;² sin embargo, las cosas que son necesarias saber, creer y guardar para salvación, se proponen y exponen tan claramente en uno u otro lugar de las Escrituras que no sólo los eruditos, sino los que no lo son, pueden adquirir un entendimiento suficiente de tales cosas por el uso adecuado de los medios ordinarios.³

1. 2 Ped. 3:16. 2.

2 Tim. 3:15-17.

3. 2 Tim. 3:14-17; Sal. 19:7-8; 119:105; 2 Ped. 1:19; Pro. 6:22,23; Deut. 30:11-14.

8. El Antiguo Testamento en hebreo (que era el idioma del pueblo de Dios en la antigüedad),¹ y el Nuevo Testamento en griego (que en el tiempo en que fue escrito era el idioma más generalmente conocido entre las naciones), siendo inspirados inmediatamente por Dios y mantenidos puros a lo largo de todos los tiempos por su especial cuidado y providencia, son, por lo tanto, auténticos;² de tal forma que, en toda controversia religiosa, la iglesia debe recurrir a ellos como autoridad determinante.³

Pero debido a que estos idiomas originales no son conocidos por todo el pueblo de Dios, que tiene derecho a las Escrituras e interés en las mismas, y se le manda leerlas y escudriñarlas⁴ en el temor de Dios, han de traducirse a la lengua común de toda nación a la que sean llevadas,⁵ para que morando abundantemente la Palabra de Dios en todos, puedan adorarle de manera aceptable y para que, por la paciencia y consolación de las Escrituras, tengan esperanza.⁶

1. Rom. 3:2.

2. Mat. 5:18.

3. Isa. 8:20; Hch. 15:15; 2 Tim. 3:16,17; Juan 10:34-36.

4. Deut. 17:18-20; Pro. 2:1-5; 8:34; Juan 5:39,46.

5. 1 Cor. 14:6,9,11,12,24,28.

6. Col. 3:16; Rom. 15:4.

9. La regla infalible de interpretación de las Escrituras la constituyen las propias Escrituras; y, por consiguiente, cuando surge una duda respecto al verdadero y pleno sentido de cualquier pasaje bíblico (que no es múltiple, sino único), éste se debe buscar en otros pasajes que se expresen con más claridad.¹

1. Isa. 8:20; Juan 10:34-36; Hch. 15:15,16.

10. El juez supremo, por el que deben decidirse todas las controversias religiosas, y por el que deben examinarse todos los decretos de concilios, las opiniones de autores antiguos, las doctrinas de hombres y espíritus

particulares, y cuya sentencia debemos acatar, no puede ser otro sino las Sagradas Escrituras entregadas por el Espíritu. A dichas Escrituras así entregadas, se reduce nuestra fe en definitiva.¹

1. Mat. 22:29,31,32; Efe. 2:20; Hch. 28:23-25

2. DE DIOS Y DE LA SANTA TRINIDAD

1. El Señor nuestro Dios es un Dios único, vivo y verdadero;¹ **cuya subsistencia está en Él mismo y es de Él mismo**, infinito en su ser y perfección;² cuya esencia no puede ser comprendida por nadie sino por Él mismo;³ es espíritu purísimo, invisible, sin cuerpo, miembros o pasiones, el único que tiene inmortalidad y que habita en luz inaccesible;⁴ es inmutable, inmenso, eterno, inescrutable, todopoderoso, infinito en todos los sentidos, santísimo, sapientísimo, libérrimo, absoluto;⁵ que hace todas las cosas según el consejo de su inmutable y justísima voluntad, para su propia gloria;⁶ es amantísimo, benigno, misericordioso, longánimo, abundante en bondad y verdad, perdonando la iniquidad, la transgresión y el pecado;⁷ galardonador de los que le buscan con diligencia, y sobre todo, justísimo y terrible en sus juicios, que odia todo pecado y que de ninguna manera dará por inocente al culpable.⁸

1. Deut. 6:4; Jer. 10:10; 1 Cor. 8:4,6; 1 Tes. 1:9. 2. Isa. 48:12.

3. Éxo. 3:14; Job 11:7,8; 26:14; Sal. 145:3; Rom. 11:33,34.

4. Juan 4:24; 1 Tim. 1:17; Deut. 4:15,16; Luc. 24:39; Hch. 14:11,15; Stg. 5:17.

5. Mal. 3:6; Stg. 1:17; 1 Rom. 8:27; Jer.23:23,24; Sal. 90:2; 1 Tim. 1:17; Gén. 17:1; Apo. 4:8; Isa. 6:3; Rom. 16:27; Sal. 115:3; Éxo. 3:14.

6. Efe. 1:11; Isa. 46:10; Pro. 16:4; Rom. 11:36.

7. Éxo. 34:6,7; 1 Juan 4:8.

8. Heb. 11:6; Neh. 9:32,33; Sal. 5:5,6; Nah. 1:2,3; Éxo. 34:7.

2. Teniendo Dios en sí mismo y por sí mismo toda vida, gloria, bondad y bienaventuranza, es todo suficiente en sí mismo y respecto a sí mismo, no teniendo necesidad de ninguna de las criaturas que ha hecho, ni derivando ninguna gloria de ellas, sino que solamente manifiesta su propia gloria en ellas, por ellas, hacia ellas y sobre ellas.¹

Él es la única fuente de todo ser, de quien, por quien y para quien son todas las cosas, teniendo sobre todas las criaturas el más soberano dominio para hacer mediante ellas, para ellas y sobre ellas todo lo que le agrade;² todas las cosas están desnudas y abiertas a sus ojos; su conocimiento es infinito, infalible e independiente de la criatura, de modo que para él no hay ninguna cosa contingente o incierta.³

Es santísimo en todos sus consejos, en todas sus obras y en todos sus mandatos;⁴ a Él se le debe, por parte de los ángeles y los hombres, toda adoración, todo servicio u obediencia que como criaturas deben al Creador, y cualquier cosa adicional que a Él le placiera demandar de ellos.⁵

1. Juan 5:26; Hch. 7:2; Sal. 148:13; 119:68; 1 Tim. 6:15; Job 22:2,3; Hch. 17:24,25.
2. Apo. 4:11; 1 Tim. 6:15; Rom. 11:34-36; Dan. 4:25,34,35.
3. Heb. 4:13; Rom. 11:33,34; Sal. 147:5; Hch. 15:18; Eze. 11:5.
4. Sal. 145:17; Rom. 7:12.
5. Apo. 5:12-14

3. En este Ser divino e infinito hay tres subsistencias, el Padre, el Verbo o Hijo y el Espíritu Santo,¹ de una sustancia, un poder y una eternidad, teniendo cada uno toda la esencia divina, pero la esencia indivisa:² el Padre no es de nadie, ni por generación ni por procesión; el Hijo es engendrado eternamente del Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo;³ todos ellos son infinitos, sin principio y, por tanto, son un solo Dios, que no ha de ser dividido en naturaleza y ser, sino distinguido por varias propiedades relativas peculiares y relaciones personales; dicha doctrina de la Trinidad es el fundamento de toda nuestra comunión con Dios y nuestra consoladora dependencia de Él.

1. Mat. 3:16,17; 28:19; 2 Cor. 13:14.
2. Éxo. 3:14; Juan 14:11; 1 Cor. 8:6.
3. Pro. 8:22-31; Juan 1:1-3,14,18; 3:16; 10:36; 15:26; 16:28; Heb. 1:2; 1 Juan 4:14; Gál. 4:4-6.

3. DEL DECRETO DE DIOS

1. Dios, desde toda la eternidad, por el sapientísimo y santísimo consejo de su propia voluntad, ha decretado en sí mismo, libre e inalterablemente,¹ **todas las cosas, todo lo que sucede;**² sin embargo, de tal manera que por ello Dios ni es autor del pecado ni tiene comunión con nadie en el mismo;³ ni se hace violencia a la voluntad de la criatura, ni se quita la libertad o contingencia de las causas secundarias, sino que más bien las establece;⁴ en lo cual se manifiesta su sabiduría en disponer todas las cosas, y su poder y fidelidad en llevar a cabo sus decretos.⁵

1. Pro. 19:21; Isa. 14:24-27; 46:10,11; Sal. 115:3; 135:6; Rom. 9:19.
2. Dan. 4:34,35; Rom. 8:28; 11:36; Efe. 1:11.
3. Gén. 18:25; Stg. 1:13; 1 Juan 1:5.
4. Gén. 50:20; 2 Sam. 24:1; Isa. 10:5-7; Mat. 17:12; Juan 19:11; Hch. 2:23; 4:27,28.
5. Núm. 23:19; Efe. 1:3-5.

2. Aunque Dios sabe todo lo que pudiera o puede pasar en todas las condiciones que se puedan suponer,¹ sin embargo nada ha decretado porque

lo previera como futuro o como aquello que había de suceder en dichas condiciones.²

1. 1 Sam.. 23:11,12; Mat. 11:21,23; Hch. 15:18.
2. Isa. 40:13,14; Rom. 9:11-18; 11:34; 1 Cor. 2:16.

3. Por el decreto de Dios, para la manifestación de Su gloria, algunos hombres son predestinados, o preordenados¹, a vida eterna por medio de Jesucristo, para alabanza de la gloria de su gracia;² a otros se les deja actuar en su pecado para su justa condenación, para alabanza de la gloria de su justicia.³

De igual manera, por el decreto de Dios, para la manifestación de Su gloria, algunos ángeles son predestinados, o preordenados, para alabanza de la gloria de Su gracia¹; a otros se les dejó caer en pecado para su justa condenación, para alabanza de la gloria de su justicia.⁴

1. 1 Tim. 5:21
2. Mat. 25:34; Efe. 1:5,6.
3. Juan 12:37-40; Rom. 9:6-24; 1 Ped. 2:8-10; Jud. 4.
4. Jud. 6; Mat. 25:41; Apo. 12:9

4. Estos ángeles y hombres así predestinados y preordenados están designados particular e inalterablemente, y su número es tan cierto y definido que no se puede aumentar ni disminuir.¹

1. Mat. 22:1-14; Juan 13:18; Rom. 11:5,6; 1 Cor. 7:20-22; 2 Tim. 2:19

5. A los humanos que están predestinados para vida, Dios (antes de la fundación del mundo, según su propósito eterno e inmutable y el consejo secreto y beneplácito de su voluntad) los ha escogido en Cristo para gloria eterna, meramente por su libre gracia y amor,¹ sin que ninguna otra cosa en la criatura, como condición o causa, le moviera a ello.²

1. Rom. 8:30; Efe. 1:4-6,9; 2 Tim. 1:9.
2. Rom. 9:11-16; 11:5,6

6. Así como Dios ha designado a los escogidos para la gloria, de la misma manera, por el propósito eterno y libérrimo de su voluntad, ha preordenado todos los medios para ello;¹ por lo tanto, los que son escogidos, habiendo caído en Adán, son redimidos por Cristo,² eficazmente llamados a la fe en Cristo por su Espíritu obrando a su debido tiempo, son justificados, adoptados, santificados³ y guardados por su poder, mediante la fe, para salvación;⁴ nadie más es redimido por Cristo, o eficazmente llamado, justificado, adoptado, santificado y salvado, sino solamente los escogidos.⁵

1. 1 Ped. 1:2; 2 Tes. 2:13; Efe. 1:4; 2:10.

2. 1 Tes. 5:9,10; Tit. 2:14.
3. Rom. 8:30; Efe. 1:5; 2 Tes. 2:13.
4. 1 Ped. 1:5.
5. Juan 6:64,65; 8:47; 10:26; 17:9; Rom. 8:28; 1 Juan 2:19

7. La doctrina del profundo misterio de la predestinación debe tratarse con especial prudencia y cuidado,¹ para que los hombres, al ocuparse de la voluntad de Dios revelada en su Palabra y, al obedecerla, puedan, por la certidumbre de su llamamiento eficaz, estar seguros de su elección eterna;² de este modo, esta doctrina proporcionará motivo de alabanza, reverencia y admiración a Dios,³ y de humildad,⁴ diligencias⁵ y abundante consuelo⁶ a todos los que sinceramente obedecen al evangelio.

1. Deut. 29:29; Rom. 9:20; 11:33.
2. 1 Tes. 1:4,5; 2 Ped. 1:10.
3. Efe. 1:6; Rom. 11:33.
4. Rom. 11:5,6,20; Col. 3:12.
5. 2 Ped. 1:10.
6. Luc. 10:20

4. DE LA CREACIÓN

1. En el principio agradó a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo,¹ para la manifestación de la gloria de su poder, sabiduría y bondad eternos,² crear el Universo y todas las cosas que en él hay, ya sean visibles o invisibles,³ en el lapso de seis días,⁴ y todas muy buenas.⁵

1. Heb. 1:2; Juan 1:2, 3; Gén. 1:2; Job 26:13; 33:4.
2. Rom. 1:20; Jer. 10:12; Sal. 104:24; 33:5,6; Pro. 3:19; Hch. 14:15,16.
3. Gén. 1:1; Juan 1:2; Col. 1:16.
4. Gén. 2:1-3; Éxo. 20:8-11.
5. Gén. 1:31; Ecl. 7:29; Rom. 5:12

2. Después que Dios hubo creado todas las demás criaturas, creó al hombre, varón y hembra, con almas racionales e inmortales, haciéndolos aptos para la vida con Dios para la cual fueron creados;¹ siendo hechos a imagen de Dios, en conocimiento, justicia y santidad de la verdad;² teniendo la ley de Dios escrita en sus corazones, y el poder para cumplirla y, sin embargo, con la posibilidad de transgredirla, por haber sido dejados a la libertad de su propia voluntad, que era mutable.³

1. Gén. 1:27; 2:7; Stg. 2:26; Mat. 10:28; Ecl. 12:7.
2. Gén. 1:26,27; 5:1-3; 9:6; Ecl. 7:29; 1 Cor. 11:7; Stg. 3:9; Col. 3:10; Efe. 4:24.
3. Rom. 1:32; 2:12a,14,15; Gén. 3:6; Ecl. 7:29; Rom. 5:12.

3. Además de la ley escrita en sus corazones, recibieron un mandato de no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal; y, mientras lo guardaron,

fueron felices en su comunión con Dios y tuvieron dominio sobre las criaturas.¹

1. Gén. 1:26,28; 2:17

5. DE LA DIVINA PROVIDENCIA

1. Dios, el buen Creador de todo,¹ en su infinito poder y sabiduría,² sostiene, dirige, dispone y gobierna³ a todas las criaturas y cosas, desde la mayor hasta la más pequeña,⁴ por su sapientísima y santísima providencia,⁵ con el fin para el cual fueron creadas,⁶ según su presciencia infalible, y el libre e inmutable consejo de su propia voluntad;⁷ para alabanza de la gloria de su sabiduría, poder, justicia, infinita bondad y misericordia.⁸

1. Gén. 1:31; 2:18; Sal. 119:68.

2. Sal. 145:11; Pro. 3:19; Sal. 66:7.

3. Heb. 1:3; Isa. 46:10,11; Dan. 4:34,35; Sal. 135:6; Hch. 17:25-28; Job 38-41.

4. Mat. 10:29-31.

5. Pro. 15:3; Sal. 104:24; 145:17.

6. Col. 1:16,17; Hch. 17:24-28.

7. Sal. 33:10,11; Efe. 1:11.

8. Isa. 63:14; Efe. 3:10; Rom. 9:17; Gén. 45:7; Sal. 145:7

2. Aunque en relación con la presciencia y el decreto de Dios, la causa primera, todas las cosas suceden inmutable e infaliblemente, de modo que nada ocurre a nadie por azar o sin su providencia;¹ sin embargo, por la misma providencia, las ordena de manera que ocurran según la naturaleza de las causas secundarias, ya sea necesaria, libre o contingentemente.²

1. Hch. 2:23; Pro. 16:33.

2. Gén. 8:22; Jer. 31:35; Éxo. 21:13; Deut. 19:5; Isa. 10:6,7; Luc. 13:3,5; Hch. 27:31; Mat. 5:20,21; Fil. 1:19; Pro. 20:18; Luc. 14:25ss.; Pro. 21:31; 1 Rey. 22:28,34; Rut 2:3.

3. Dios, en su providencia ordinaria, hace uso de medios;¹ sin embargo, tiene la libertad de obrar sin ellos,² por encima de ellos³ y contra ellos,⁴ según le plazca.

1. Hch. 27:22,31,44; Isa. 55:10,11; Ose. 2:21,22.

2. Ose. 1:7; Luc. 1:34,35.

3. Rom. 4:19-21.

4. Éxo. 3:2,3; 2 Rey. 6:6; Dan. 3:27.

4. El poder omnipotente, la sabiduría inescrutable y la bondad infinita de Dios se manifiestan en su providencia hasta tal punto que su consejo determinante se extiende aun hasta la primera Caída y a todas las demás acciones pecaminosas, tanto de los ángeles como de los hombres¹ (y eso no por un mero permiso), las cuales sapientísima y poderosamente limita, y

asimismo ordena y gobierna de múltiples maneras para sus santísimos fines.²

Sin embargo, de tal modo que la pecaminosidad de las acciones de ellos procede sólo de las criaturas, y no de Dios, quien siendo justísimo y santísimo, no es, ni puede ser, autor del pecado ni aprobarlo.³

1. Rom. 11:32-34; 2 Sam. 24:1; 1 Cró. 21:1; 1 Rey. 22:22,23; 2 Sam. 16:10; Hch. 2:23; 4:27,28.

2. Hch. 14:16; 2 R. 19:28; Gén. 50:20; Isa. 10:6,7,12.

3. Stg. :13,14,17; 1 Juan 2:16; Sal. 50:21.

5. El Dios sapientísimo, justísimo y clementísimo a menudo deja por algún tiempo a sus propios hijos en diversas tentaciones y en las corrupciones de sus propios corazones, a fin de disciplinarlos por sus pecados anteriores o para revelarles la fuerza oculta de la corrupción y del engaño de sus corazones, para que sean humillados; y para llevarlos a una dependencia de Él más íntima y constante para su apoyo en Él; y para hacerlos más vigilantes contra todas las ocasiones futuras de pecado, y para otros fines santos y justos.¹ Por consiguiente, todo lo que ocurre a cualquiera de sus escogidos es por su designio, para su gloria y para el bien de ellos.²

1. 2 Cró. 32:25,26,31; 2 Sam. 24:1; Luc. 22:34,35; Mar. 14:66-72; Juan 21:15-17.

2. Rom. 8:28.

6. En cuanto a aquellos hombres malvados e impíos a quienes Dios, como juez justo, ciega y endurece a causa de su pecado anterior,¹ no sólo les niega su gracia, por la cual podría haber iluminado su entendimiento y obrado en sus corazones,² sino que también algunas veces les retira los dones que tenían,³ y los deja expuestos a las cosas que su corrupción convierte en ocasión de pecado;⁴ y, a la vez, los entrega a sus propias concupiscencias, a las tentaciones del mundo y al poder de Satanás,⁵ por lo cual sucede que se endurecen bajo los mismos medios que Dios emplea para ablandar a otros.⁶

1. Rom. 1:24-26,28; 11:7,8.

2. Deut. 29:4.

3. Mat. 13:12; 25:29.

4. Deut. 2:30; 2 Rey. 8:12,13.

5. Sal. 81:11,12; 2 Tes. 2:10-12.

6. Éxo. 7:3; 8:15,32; 2 Cor. 2:15,16; Isa. 6:9,10; 8:14; 1 Ped. 2:7; Hch. 28:26,27; Juan 12:39,40.

7. Del mismo modo que la providencia de Dios alcanza en general a todas las criaturas, así también de un modo más especial cuida de su iglesia y dispone todas las cosas para el bien de la misma.¹

1. Pro. 2:7,8; Amos 9:8,9; 1 Tim. 4:10; Rom. 8:28; Efe. 1:11,22; 3:10,11,21; Isa. 43:3-5,14.

6. DE LA CAÍDA DEL HOMBRE, DEL PECADO Y SU CASTIGO

1. A pesar de que Dios creó al hombre recto y perfecto, y le dio una ley justa, que hubiera sido para vida si la hubiera guardado, y amenazó con la muerte su transgresión, el hombre no la honró por mucho tiempo,¹ usando Satanás la sutileza de la serpiente para subyugar a Eva y luego a través de ella seduciendo a Adán, quien sin ninguna coacción, deliberadamente transgredió la ley bajo la cual habían sido creados y también el mandato que les había sido dado, al comer del fruto prohibido,² lo cual agradó a Dios permitir, conforme a su sabio y santo consejo, habiéndolo ordenado con el propósito de que fuera para su propia gloria.³

1. Ecl. 7:29; Rom. 5:12a, 14,15; Gén. 2:17; 4:25-5:3.

2. Gén. 3:1-7; 2 Cor. 11:3; 1 Tim. 2:14.

3. Rom. 11:32-34; 2 Sam. 24:1; 1 Cró. 21:1; 1 Rey. 22:22,23; 2 Sam. 16:10; Hch. 2:23; 4:27,28.

2. Por este pecado, nuestros primeros padres cayeron de su justicia y rectitud original y de su comunión con Dios, y nosotros en ellos, por lo que la muerte sobrevino a todos;¹ viniendo a estar todos los hombres muertos en pecado, y totalmente corrompidos en todas las facultades y partes del alma y del cuerpo.²

1. Gén. 3:22-24; Rom. 5:12ss.; 1Cor. 15:20-22; Sal. 51:4,5; 58:3; Efe. 2:1-3; Gén. 8:21; Pro. 22:15.

2. Gén. 2:17; Efe. 2:1; Tit. 1:15; Gén. 6:5; Jer. 17:9; Rom. 3:10-18; 1:21; Efe. 4:17-19; Juan 5:40; Rom. 8:7.

3. Siendo ellos la raíz de la raza humana, y estando por designio de Dios en lugar de toda la humanidad, la culpa del pecado fue imputada y la naturaleza corrompida transmitida a toda la posteridad que descendió de ellos mediante generación ordinaria, siendo ahora concebidos en pecado, y por naturaleza hijos de ira, siervos del pecado, sujetos a la muerte y a todas las demás desgracias —espirituales, temporales y eternas—, a no ser que el Señor Jesús los libere.¹

1. Rom. 5:12ss.; 1 Cor. 15:20-22; Sal. 51:4,5; 58:3; Efe. 2:1-3; Gén. 8:21; Pro. 22:15; Job 14:4; 15:14.

4. De esta corrupción original, por la cual estamos completamente indispuestos, incapacitados y opuestos a todo bien y enteramente inclinados a todo mal,¹ proceden en sí todas las transgresiones.²

1. Mat. 7:17,18; 12:33-35; Luc. 6:43-45; Juan 3:3,5; 6:37,39,40,44,45,65; Rom. 3:10-12; 5:6; 7:18; 8:7,8; 1 Cor. 2:14.

2. Mat. 7:17-20; 12:33-35; 15:18-20.

5. La corrupción de la naturaleza permanece durante esta vida en los que son regenerados;¹ y, aunque aquella sea perdonada y mortificada por medio de Cristo, ella misma y sus primeros impulsos son verdadera y propiamente pecado.²

1. 1 Juan 1:8-10; 1 Rey. 8:46; Sal. 130:3; 143:2; Pro. 20:9; Ecl. 7:20; Rom. 7:14-25; Stg. 3:2.
2. Sal. 51:4,5; Pro. 22:15; Efe. 2:3; Rom. 7:5,7,8,17,18,25; 8:3-13; Gál. 5:17-24; Pro. 15:26; 21:4; Gén. 8:21; Mt. 5:27,28.

7. DEL PACTO DE DIOS

1. La distancia entre Dios y la criatura es tan grande que aun cuando las criaturas racionales le deben obediencia como su Creador, éstas nunca podrían haber logrado la recompensa de la vida a no ser por alguna condescendencia voluntaria por parte de Dios, que a Él le ha placido expresar en forma de pacto.¹

1. Job 35:7,8; Sal. 113:5,6; Isa. 40:13-16; Luc. 17:5-10; Hch. 17:24,25.

2. Además, habiéndose el hombre acarreado la maldición de la ley por su Caída, agradó al Señor hacer un pacto de gracia¹, en el que gratuitamente ofrece a los pecadores vida y salvación por Jesucristo, requiriéndoles la fe en Él para que puedan ser salvos², y prometiendo dar su Espíritu Santo a todos aquellos que son ordenados para vida eterna, a fin de darles disposición y capacidad para creer³.

1. Gén. 3:15; Sal. 110:4 (con Heb. 7:18-22; 10:12-18); Efe. 2:12 (con Rom. 4:13-17 y Gál. 3:18-22); Heb. 9:15.
2. Juan 3:16; Rom 10:6,9; Gá. 3:11.
3. Ez. 36:26,27; Jn. 6:44,45.

3. Este pacto se revela en el evangelio; en primer lugar, a Adán en la promesa de salvación a través de la simiente de la mujer, y luego mediante pasos adicionales hasta completarse su plena revelación en el Nuevo Testamento;¹ y tiene su fundamento en aquella transacción federal y eterna que hubo entre el Padre y el Hijo acerca de la redención de los escogidos;² y es únicamente a través de la gracia de este pacto como todos los descendientes del Adán caído que son salvados obtienen vida y bendita inmortalidad, siendo el hombre totalmente incapaz de ser aceptado por Dios fuera de las condiciones de Su pacto.³

1. Gén. 3:15; Rom. 16:25-27; Efe. 3:5; Tito 1:2; Heb. 1:1,2.
2. Sal. 110:4; Efe. 1:3-11; 2 Tim. 1:9.
3. Juan 8:56; Rom. 4:1-25; Gál. 3:18-22; Heb. 11:6,13,39,40.

8. DE CRISTO EL MEDIADOR

1. Agradó a Dios,¹ en su propósito eterno,² escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, conforme al pacto hecho entre ambos,³ para que fuera el mediador entre Dios y el hombre; profeta, sacerdote, y rey; cabeza y Salvador de la iglesia, el heredero de todas las cosas y juez del mundo;⁴ a quien dio, desde toda la eternidad, un pueblo para que fuera su simiente y para que a su tiempo lo redimiera, llamara, justificara, santificara y glorificara.⁵

1. Isa. 42:1; Juan 3:16.

2. 1 Ped. 1:19.

3. Sal. 110:4; Heb. 7:21,22.

4. 1 Tim. 2:5; Hch. 3:22; Heb. 5:5,6; Sal. 2:6; Luc. 1:33; Efe. 1:22,23; 5:23; Heb. 1:2; Hch. 17:31.

5. Rom. 8:30; Juan 17:6; Isa. 53:10; Sal. 22:30; 1 Tim. 2:6; Isa. 55:4,5; 1 Cor. 1:30.

2. El Hijo de Dios, la segunda persona en la Santa Trinidad, siendo Dios verdadero y eterno, el resplandor de la gloria del Padre, consustancial con aquel e igual a Él, que hizo el mundo, y quien sostiene y gobierna todas las cosas que ha hecho,¹ cuando llegó la plenitud del tiempo,² tomó sobre sí la naturaleza del hombre, con todas sus propiedades esenciales³ y con sus debilidades concomitantes,⁴ aunque sin pecado;⁵ siendo concebido por el Espíritu Santo en el vientre de la virgen María, al venir sobre ella el Espíritu Santo y cubrirla el Altísimo con su sombra; y así fue hecho de una mujer de la tribu de Judá, de la simiente de Abraham y David según las Escrituras;⁶ de manera que, dos naturalezas completas, perfectas y distintas se unieron inseparablemente en una persona, pero sin conversión, composición o confusión alguna. Esta persona es verdaderamente Dios⁷ y verdaderamente hombre,⁸ aunque un solo Cristo, el único mediador entre Dios y el hombre.⁹

1. Juan 8:58; Joel 2:32 con Rom. 10:13; Sal. 102:25 con Heb. 1:10; 1 Ped. 2:3 con Sal. 34:8; Isa. 8:12,13 con 3:15; Juan 1:1; 5:18; 20:28; Rom. 9:5; Tito. 2:13; Heb. 1:8,9; Fil. 2:5,6; 2 Ped. 1:1; 1 Juan 5:20.

2. Gál. 4:4.

3. Heb. 10:5; Mar. 14:8; Mat. 26:12,26; Luc. 7:44-46; Juan 13:23; Mat. 9:10-13; 11:19; Luc. 22:44; Heb. 2:10; 5:8; 1 Ped. 3:18; 4:1; Juan 19:32-35; Mat. 26:36-44; Stg. 2:26; Juan 19:30; Luc. 23:46; Mat. 26:39; 9:36; Mar. 3:5; 10:14; Juan 11:35; Luc. 19:41-44; 10:21; Mat. 4:1-11; Heb. 4:15 con Stg. 1:13; Luc. 5:16; 6:12; 9:18,28; 2:40,52; Heb. 5:8,9.

4. Mat. 4:2; Mar. 11:12; Mat. 21:18; Juan 4:7; 19:28; 4:6; Mat. 8:24; Rom. 8:3; Heb. 5:8; 2:10,18; Gál. 4:4.

5. Isa. 53:9; Luc. 1:35; Juan 8:46; 14:30; Rom. 8:3; 2 Cor. 5:21; Heb. 4:15; 7:26; 9:14; 1 Ped. 1:19; 2:22; 1 Jn. 3:5.

6. Rom. 1:3,4; 9:5. 7. Ver ref. 1 arriba.

8. Hch. 2:22; 13:38; 17:31; 1 Cor. 15:21; 1 Tim. 2:5.

9. Rom. 1:3,4; Gál. 4:4,5; Fil. 2:5-11.

3. El Señor Jesús, en su naturaleza humana así unida a la divina, en la persona del Hijo, fue santificado y ungido con el Espíritu Santo sin medida, teniendo en sí todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, en quien agradó al Padre que habitase toda plenitud, a fin de que siendo santo, inocente y sin mancha, y lleno de gracia y de verdad, fuese completamente apto para desempeñar el oficio de mediador y fiador;¹ el cual no tomó por sí mismo, sino que fue llamado para el mismo por su Padre, quien también puso en sus manos todo poder y juicio, y le ordenó que lo cumpliera.²

1. Sal. 45:7; Col. 1:19; 2:3; Heb. 7:26; Juan 1:14; Hch. 10:38; Heb. 7:22.

2. Heb. 5:5; Juan 5:22,27; Mat. 28:18; Hch. 2:36.

4. El Señor Jesús asumió de muy buena voluntad este oficio,¹ y para desempeñarlo, nació bajo la Ley,² la cual cumplió perfectamente y sufrió el castigo que nos correspondía a nosotros, el cual deberíamos haber llevado y sufrido,³ siendo hecho pecado y maldición por nosotros;⁴ soportando las más terribles aflicciones en su alma y los más dolorosos sufrimientos en su cuerpo;⁵ fue crucificado y murió, y permaneció en el estado de los muertos, aunque sin ver corrupción.⁶ Al tercer día resucitó de entre los muertos con un cuerpo glorificado, libre de la ley y de los padecimientos, aunque con la marcas de la cruz que sufrió,⁷ con el cual también ascendió al cielo,⁸ y allí está sentado a la diestra de su Padre intercediendo,⁹ y regresará para juzgar a los hombres y a los ángeles al final del mundo.¹⁰

1. Sal. 40:7,8 con Heb. 10:5-10; Juan. 10:18; Fil. 2:8.

2. Gál. 4:4.

3. Mat. 3:15; 5:17.

4. Mat. 26:37,38; Luc. 22:44; Mat. 27:46.

5. Mat. 26-27.

6. Fil. 2:8; Hch. 13:37.

7. Juan 20:25,27.

8. Hch. 1:9-11.

9. Rom. 8:34; Heb. 9:24.

10. Hch. 10:42; Rom. 14:9,10; Hch. 1:11; Mat. 13:40-42; 2 Ped. 2:4; Jud. 6.

5. El Señor Jesús, por su perfecta obediencia y el sacrificio de sí mismo¹ que ofreció a Dios una sola vez a través del Espíritu eterno,² ha satisfecho plenamente la justicia de Dios,³ ha conseguido la reconciliación⁴ y ha comprado una herencia eterna en el reino de los cielos⁵ para todos aquellos que el Padre le ha dado.⁶

1. Rom. 5:19; Efe. 5:2.

2. Heb. 9:14,16; 10:10,14.

3. Rom. 3:25,26; Heb. 2:17; 1 Juan 2:2; 4:10.

4. 2 Cor. 5:18,19; Col. 1:20-23.

5. Heb. 9:15; Apo. 5:9,10.

6. Juan 17:2.

6. Aun cuando el precio de la redención no fue realmente pagado por Cristo hasta después de su encarnación, sin embargo la virtud, la eficacia y los beneficios de la misma fueron comunicados a los escogidos en todas las épocas desde el principio del mundo,¹ en las promesas, tipos y sacrificios y por medio de los mismos, en los cuales fue revelado y señalado como la simiente que heriría la cabeza de la serpiente,² y como el Cordero inmolado desde la fundación del mundo,³ siendo el mismo ayer, hoy y por los siglos.⁴

1. Gál. 4:4,5; Rom. 4:1-9.
2. Gén. 3:15; 1 Ped. 1:10,11.
3. Apo. 13:8.
4. Heb. 13:8.

7. Cristo, en la obra de mediación, actúa conforme a ambas naturalezas, haciendo por medio de cada naturaleza lo que es propio de ella; aunque, por razón de la unidad de la persona, lo que es propio de una naturaleza algunas veces se le atribuye en las Escrituras a la persona denominada por la otra naturaleza.¹

1. Juan 3:13; Hch. 20:28.

8. A todos aquellos para quienes Cristo ha obtenido redención eterna, cierta y eficazmente les aplica y comunica la misma,¹ haciendo intercesión por ellos,² uniéndoles a sí mismo por su Espíritu,³ revelándoles en la Palabra y por medio de ella el misterio de la salvación,⁴ persuadiéndoles a creer y obedecer,⁵ gobernando sus corazones por su Palabra y Espíritu,⁶ y venciendo a todos sus enemigos por su omnipotente poder y sabiduría,⁷ de manera y en formas que más coincidan con su maravillosa e inescrutable dispensación;⁸ y todo por su gracia libre y absoluta, sin prever ninguna condición en ellos para granjearla.⁹

1. Juan 6:37,39; 10:15,16; 17:9.
2. 1 Juan 2:1,2; Rom. 8:34.
3. Rom. 8:1,2.
4. Juan 15:13,15; 17:6; Efe. 1:7-9.
5. 1 Juan 5:20.
6. Juan 14:16; Heb. 12:2; Rom. 8:9,14; 2 Cor. 4:13; Rom. 15:18,19; Juan 17:17.
7. Sal. 110:1; 1 Cor. 15:25,26; Col. 2:15.
8. Efe. 1:9-11.
9. 1 Juan 3:8; Efe. 1:8.

9. Este oficio de mediador entre Dios y el hombre es propio sólo de Cristo, quien es el Profeta, Sacerdote y Rey de la iglesia de Dios; y no puede, ni parcial ni totalmente, ser transferido de él a ningún otro.¹

1. 1 Ti. 2:5.

10. Esta cantidad y orden de oficios son necesarios; pues, por nuestra ignorancia, tenemos necesidad de su oficio profético;¹ y por nuestra separación de Dios y la imperfección del mejor de nuestros servicios, necesitamos su oficio sacerdotal para reconciliarnos con Dios y presentarnos aceptos para con Él;² y por nuestra falta de disposición y total incapacidad para volver a Dios y para rescatarnos a nosotros mismos y protegernos de nuestros adversarios espirituales, necesitamos su oficio real para convencernos, subyugarnos, atraernos, sostenernos, libraros y preservarnos para su reino celestial.³

1. Juan 1:18.

2. Col. 1:21; Gál. 5:17; Heb. 10:19-21.

3. Juan 16:8; Sal. 110:3; Luc. 1:74,75.

9. DEL LIBRE ALBEDRÍO

1. Dios ha dotado la voluntad del hombre de una libertad natural y de poder para actuar por elección propia, que no es forzada ni determinada a hacer bien o mal por ninguna necesidad de la naturaleza.¹

1. Mat. 17:12; Stg. 1:14; Deut. 30:19.

2. El hombre, en su estado de inocencia, tenía libertad y poder para querer y hacer lo que era bueno y agradable a Dios,¹ pero era inestable y podía caer de dicho estado.²

1. Ecl. 7:29.

2. Gén. 3:6

3. El hombre, por su Caída en un estado de pecado, ha perdido completamente toda capacidad para querer cualquier bien espiritual que acompañe a la salvación; por consiguiente, como hombre natural que está enteramente opuesto a ese bien y muerto en el pecado, no puede por sus propias fuerzas convertirse a sí mismo o prepararse para ello.¹

1. Rom. 6:16,20; Juan 8:31-34; Efe. 2:1; 2 Cor. 3:14; 4:3,4; Juan 3:3; Rom. 7:18; 8:7; 1 Cor. 2:14; Mat. 7:17,18; 12:33-37; Luc. 6:43-45; Juan 6:44; Jer. 13:23; Juan 3:3,5; 5:40; 6:37,39,40,44, 45,65; Hch. 7:51; Rom. 3:10-12; Stg. 1:18; Rom. 9:16-18; Juan 1:12,13; Hch. 11:18; Fil. 1:29; Efe. 2:8,9.

4. Cuando Dios convierte a un pecador y lo traslada al estado de gracia, lo libra de su esclavitud natural bajo el pecado y, por su sola gracia, lo capacita para querer y obrar libremente lo que es espiritualmente bueno;¹ sin embargo, por razón de la corrupción que todavía le queda, no quiere, ni perfecta ni únicamente, lo que es bueno, sino que también quiere lo que es malo.²

1. Col. 1:13; Juan 8:36; Fil. 2:13.
2. Rom. 7:14-25; Gál. 5:17.

5. Esta voluntad del hombre es hecha perfecta e inmutablemente libre para querer sólo el bien, únicamente en el estado de gloria.¹

1. Efe. 4:13; Heb. 12:23.

10. DEL LLAMAMIENTO EFICAZ

1. A aquellos a quienes Dios¹ ha predestinado para vida,² tiene a bien en su tiempo señalado y aceptable,³ llamar eficazmente⁴ por su Palabra⁵ y Espíritu,⁶ sacándolos del estado de pecado y muerte en que están por naturaleza y llevándolos a la gracia y la salvación por Jesucristo;⁷ iluminando de modo espiritual y salvador sus mentes, a fin de que comprendan las cosas de Dios;⁸ quitándoles el corazón de piedra y dándoles un corazón de carne,⁹ renovando sus voluntades y, por su poder omnipotente, induciéndoles a querer hacer lo bueno, y llevándoles eficazmente a Jesucristo;¹⁰ pero de modo que acuden a Él con total libertad, habiendo recibido por la gracia de Dios la disposición para hacerlo.¹¹

1. Rom. 8:28,29.
2. Rom. 8:29,30; 9:22-24; 1 Cor. 1:26-28; 2 Tes. 2:13,14; 2 Tim. 1:9.
3. Juan 3:8; Efe. 1:11.
4. Mat. 22:14; 1 Cor. 1:23,24; Rom. 1:6; 8:28; Jud. 1; Sal. 29; Juan. 5:25; Rom. 4:17.
5. 2 Tes. 2:14; 1 Ped. 1:23-25; Stg. 1:17-25; 1 Juan 5:1-5; Rom. 1:16,17; 10:14; Heb. 4:12.
6. Juan 3:3,5,6,8; 2 Cor. 3:3,6.
7. Rom. 8:2; 1 Cor. 1:9; Efe. 2:1-6; 2 Tim. 1:9,10.
8. Hch. 26:18; 1 Cor. 2:10,12; Efe. 1:17,18.
9. Eze. 36:26.
10. Deut. 30:6; Eze. 36:27; Juan 6:44,45; Efe. 1:19; Fil. 2:13.
11. Sal. 110:3; Juan 6:37; Rom. 6:16-18.

2. Este llamamiento eficaz proviene exclusivamente de la gracia libre y especial de Dios, no de ninguna cosa prevista en el hombre, ni por ningún poder o instrumentalidad en la criatura,¹ siendo en esto enteramente pasivo, al estar muerto en delitos y pecados, hasta que es vivificado y renovado por el Espíritu Santo;² es capacitado de este modo para responder a este llamamiento y para recibir la gracia que éste ofrece y transmite, y esto por un poder no menor que el que resucitó a Cristo de los muertos.³

1. 2 Tim. 1:9; Tit. 3:4,5; Efe. 2:4,5,8,9; Rom. 9:11.
2. 1 Cor. 2:14; Rom. 8:7; Efe. 2:5.
3. Efe. 1:19,20; Juan 6:37; Eze. 36:27; Juan 5:25.

3. Los niños escogidos que mueren en la infancia son regenerados y salvados por Cristo por medio del Espíritu, quien obra cuándo, dónde y cómo

quiere;¹ así lo son también todas las personas escogidas que sean incapaces de ser llamadas externamente por el ministerio de la Palabra.

1. Juan 3:8.

4. Otros, que no son escogidos, aunque sean llamados por el ministerio de la Palabra y tengan algunas de las operaciones comunes del Espíritu,¹ como no son eficazmente traídos por el Padre, no quieren ni pueden acudir verdaderamente a Cristo y, por lo tanto, no pueden ser salvos;² mucho menos pueden ser salvos los que no reciben la religión cristiana, por muy diligentes que sean en conformar sus vidas a la luz de la naturaleza y a la ley de la religión que profesen.³

1. Mat. 22:14; Mat. 13:20,21; Heb. 6:4,5; Mat. 7:22.

2. Juan 6:44,45,64-66; 8:24.

3. Hch. 4:12; Juan 4:22; 17:3.

Continua